

IDENTIDAD Y ALTERIDAD EN LAS *HISTORIAS* DE HERÓDOTO: HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN IDENTITARIA A TRAVÉS DEL *LOGOS* LIDIO

SANDRA MARCELA GÓMEZ

Universidad Nacional de Lomas de Zamora

(Argentina)

Resumen

Las *Historias* de Heródoto se presentan como el resultado de una investigación acerca de las guerras que enfrentaron a griegos y persas a comienzos del siglo V. a. C. En ese momento, se consolida, como uno de los ejes de la ideología griega, la idea del bárbaro como su opuesto polar (Hall, 1989). En su indagación histórica, Heródoto utiliza este esquema conceptual de un modo singular: en el marco general de su tratamiento de las Guerras Médicas como una lucha en torno a identidades político-culturales, utiliza el concepto de “otredad” como categoría explicativa fundamental (Pelling, 1997, p. 55), que le permite no sólo describir a los otros, sino, sobre todo, interpretar, problematizar y proponer nuevas maneras de pensar las identidades, sometiéndolas a examen exhaustivo. En este contexto, cobran relevancia particular las figuras tiránicas, ya que constituyen parte esencial de la cultura helénica de época clásica y desarrollan un rol preponderante en la ideología democrática, enfocada especialmente en la configuración identitaria del ciudadano. En efecto, aunque la tiranía había sido parte de la historia griega reciente, era considerada como el negativo de su forma de ser política, de modo que resulta fundamental para una visión de los “otros” como su antítesis. Por estas razones, la representación de los tiranos constituye un aspecto imprescindible del programa herodóteo, que permite estudiar su configuración de la “realidad” griega y acercarse a los modos de construcción de

la identidad. Nos proponemos analizar, en el *logos* lidio, el complejo “juego” de apropiación del esquema bipolar griego-bárbaro en relación con la configuración formal; la construcción de la alteridad en relación con las figuras tiránicas; la reformulación de identidades en relación con el contexto de producción.

1. Organizar el mundo antes de partir

Según señala en el proemio, Heródoto compuso las *Historias* “...para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- quede sin realce.”¹

De este modo, el historiador explicita sus objetivos y propone una organización del mundo basada en la polaridad griegos-bárbaros, categorización primaria que, aunque resulta relativizada en muchas ocasiones a lo largo de la obra, no sólo anticipa un abordaje macro-sistémico tendiente a organizar las diferentes culturas según patrones de oposiciones simétricas (Redfield, 2002, p. 30), sino que, además, permite al *hístōr* ofrecer a sus receptores un marco interpretativo familiar. En efecto, la concepción del bárbaro como antítesis de la cultura griega fue, según Hall (1989), una creación del siglo V a. C., que, habiéndose originado en la profundización de la auto-consciencia helénica debida al peligro persa,² se constituyó como uno de los ejes fundamentales de la ideología democrática.³

¹ Todas las citas corresponden a la traducción de Schrader, C. (2000).

² Hall (1989) estudia el funcionamiento y sentido de esta polarización en la tragedia clásica, que, según la autora, jugó un rol activo en dicha construcción ideológica. Su tesis central sostiene que la “invención del bárbaro” constituyó un ejercicio de auto-definición griega.

³ Aunque con diferencias de matices, hay acuerdo en cuanto al carácter político de la distinción subrayada por los autores del período clásico. Cf. Hall (1989, p. 16); Hartog (1999, p. 118); Harrison (2002, p. 4).

Heródoto, entonces, plantea un esquema conceptual reconocible para su auditorio y, luego de una breve sección inicial referida a versiones persas y fenicias que pretenden explicar cómo comenzaron los conflictos entre griegos y bárbaros, presenta como punto de partida de su propia explicación la historia del rey Creso. Señala: “Yo, por mi parte, [...] voy a indicar quién fue el primero, que yo sepa, en iniciar actos injustos contra los griegos” (I.5.3). Luego, agrega una concisa presentación del rey oriental, que resulta fundamental para su construcción como primera figura de la alteridad en las *Historias*: “Creso era de origen lidio, hijo de Aliates y soberano [tyrannos] de los pueblos al oeste del río Halis...” (I.6.1).

En primer lugar, conviene notar el uso de la palabra *týrannos*. Este término, de fuerte carga ideológica en el pensamiento político del período clásico (Lanza, 1977, pp. 9, 14; Rosivach, 1988, p. 44; Raaflaub, 2003, p. 62; Forsdyke, 2009, p. 231), parece tener aquí, como en otros sectores de la obra, el significado “neutro” de “gobierno unipersonal”,⁴ intercambiable, consecuentemente, por *mónarchos* o *basileús* (Forsdyke, 2009, p. 232). Dicho de otro modo, confluirían en esta denominación la referencia primaria a los tiranos griegos arcaicos,⁵ central en la ideología democrática, y una concepción más amplia, que implicaría a todo gobernante único, pero alejada, según este relato, del mundo griego. Esta distancia no sólo vincularía la tiranía al espacio bárbaro, sino que además permitiría mostrar aspectos “desconocidos” del ejercicio del poder. En segundo lugar, cabe destacar la relación entre tiranía e injusticia, identificada, en este caso, con la dominación: “...fue el primer bárbaro que sometió (κατεστρέψατο) a

⁴ Para el valor neutral de *tyrannos*, cf. Rosivach (1988, p. 44); Lanza (1977, p. 9); Bertrand (2008, p. 368); Raaflaub (2003, p. 60); Asheri (2007, p. 78).

⁵ No se trataba, sin embargo, de la referencia a una realidad histórica, sino de una abstracción, de “un modèle complexe et flexible, destiné à survivre à son propre contexte” (Lanza, 1977, p. 9), de una construcción ideológica. En el mismo sentido, Raaflaub (2003, p. 73) afirma que: “...what prevailed in the general assessment clearly was the oppressive last phase of tyranny, probably enriched by other negative traits of tyranny and condensed into a schematic abstraction that had little to do with any specific person or place.”

algunos griegos obligándolos al pago de un tributo” (I.6.2). Así, además de haber explicitado en qué polo del esquema bipolar se ubica el rey, al subrayarse la relación entre su condición de “bárbaro” y su accionar coercitivo, parece destacarse un aspecto de la forma de ser de *los otros*, de los no-griegos: su política imperialista. En tercer lugar, interesa subrayar que la noción de libertad referida a la situación de los pueblos griegos de Asia antes del reinado de Creso (I.6.3), plantea, creemos, una doble lectura: una explícita, como autonomía externa; la segunda, implícita, como no sumisión a un gobierno despótico.⁶ En síntesis, denominar *týrannos* a Creso invita a interpretar la idea de sometimiento no sólo en términos de relaciones exteriores, en el sentido de expansión imperialista, sino también en términos de política doméstica, aspecto que, aunque implícito en el nivel principal del relato, se sostiene por elementos de las digresiones.⁷

2. De soberanos orientales y tiranos griegos (7-25)

Además de la organización provista por el esquema bipolar griegos-bárbaros, en el *logos* lidio se puede observar una estructura basada en el motivo de ascenso-caída, que sugiere dos partes, cada una de las cuales revela un aspecto del proceso⁸ y presenta facetas diferentes de la figura del tirano oriental. La primera parte del relato (I.6-45), narra el período que se extiende desde su ascenso al poder hasta la muerte de su hijo e incluye una larga digresión analéptica sobre sus antecesores (I.7-25). En este caso, la función de la digresión parece ser explicar cómo el linaje de los Mérmnadas, al que Creso pertenece, llegó al poder y, al mismo tiempo, proveer información fundamental para orientar la comprensión de la historia del soberano lidio y la interpretación de su figura como representación de la alteridad.

⁶ Este valor surge, según Lanza (1977, p. 85), en el siglo V a. C.

⁷ Heródoto desarrolla un uso singular de las digresiones. Según Jacoby, citado por Griffiths (2007, p. 134): “It is hardly an exaggeration to say that Herodotus’ entire art of organizing his material consists in how and at what points he is able to incorporate digressions.”

⁸ Saïd (2002, p. 119) considera que este proceso como un “ciclo trágico”.

a) Giges (8-14): acerca del ascenso al poder

El primer relato de la digresión trata la historia de Giges,⁹ primero de una sucesión de reyes que culmina con Cresos (I.7-25). Con una trama articulada en torno a tres personajes: el rey Candaules, la reina y Giges, oficial de confianza del soberano, el episodio se basa en una estructura bipartita determinada por sendos momentos críticos. Primero, el rey ejerce una fuerte presión sobre Giges para que se someta a su “pedido” de contemplar la desnudez de su esposa a fin de comprobar su belleza suprema. Luego, la reina, que ha advertido el engaño, induce a Giges a matar al rey. En ambos casos, el oficial lidio se encuentra ante un dilema:¹⁰ primero, transgredir el *nómos* (I.11.3) o desobedecer al rey; luego, para compensar la falta, cometer regicidio o ser asesinado. En efecto, Giges debe tomar una decisión compleja no sólo debido a las consecuencias negativas de las alternativas posibles, sino también a causa de la procedencia de la fuerza coercitiva a la que se ve sometido. Se sugiere, entonces, que, aunque el destino juegue un rol importante en este episodio -y en las *Historias* en general-, el factor humano resulta determinante.

De este modo, el motivo del dilema le permite a Heródoto orientar la reflexión en relación con varios temas, de los cuales dos resultan relevantes para nuestro análisis. Por un lado, la incidencia de la voluntad humana en los acontecimientos y la importancia, por tanto, de la toma de decisiones. Por otro lado, un tema de carácter político-social: las modalidades del ejercicio del poder, que, en el contexto del sistema fuertemente jerarquizado de la sociedad oriental, se concreta como dominación, opuesta implícitamente a la relación de igualdad entre los hombres, asimilada, a su vez, con la *isonomía* como valor central de la democracia griega.

⁹ Este episodio presenta personajes, estructura y trama de sesgo trágico.

¹⁰ Sobre el motivo del dilema, cf. Lesky (1966).

b) Trasibulo y Periandro (20-24): acerca de la conservación del poder

Las restantes historias de esta digresión se refieren a los descendientes de Giges, entre los que se destaca Aliates, padre de Cresos, cuya expedición contra Mileto opera como marco para la primera representación de tiranos griegos en las *Historias*: Trasibulo de Mileto y Periandro de Corinto (I.20-24).

Entre otras cosas, Heródoto menciona que el milesio evita que los lidios tomen su ciudad (I.22.4) gracias a su ingeniosa estrategia (I.20) planeada a partir de la información enviada por el tirano de Corinto.¹¹ Por otro lado, muestra que Periandro actúa con justicia en relación con su huésped, el poeta Arión de Lesbos, (I.23) porque “sabe oír” y someter a prueba sus dichos, es decir, sabe interpretar los datos críticamente. En ambas situaciones, la inteligencia del tirano está asociada al saber oír e interpretar, capacidad que, puesta al servicio del diálogo y la solidaridad entre ciudades, puede protegerlas de enemigos externos.

Así pues, la primera parte del *logos* lidio presenta una faceta de la figura del tirano oriental, que se ve afectada no sólo por los sentidos del término *týrannos* destacados antes, sino también por la historia de Giges, que acentúa la imagen de los bárbaros como despóticos, y la de Periandro y Trasibulo, que matiza, desafía, la visión negativa propia del pensamiento político del siglo V. Dicho de otro modo, aunque Cresos presenta aspectos negativos, a saber, atacar a los pueblos griegos de Asia y someterlos progresivamente, obligándolos al pago de tributos (I.6.2; I.26, 27.1, 28.1), también presenta otros que pueden interpretarse como positivos en función de la representación de los tiranos griegos de la digresión, en particular, considerar la palabra de los otros para la toma de decisiones. En el caso del rey lidio, mientras mantiene una actitud abierta a los consejos sabios, no comete errores y su imperio se consolida. Así, por

¹¹ Probablemente por reciprocidad, ya que, según se relata en V.92.2-3, Trasibulo había aconsejado a Periandro de qué manera asegurar su poder.

ejemplo, decide no atacar a los jonios de las islas, siguiendo el consejo de un sabio griego (Biante de Priene o Pítaco de Mitilene) (I.27). En este sentido, la representación de Creso parece no ajustarse a la imagen convencional del tirano, según la cual este tipo de gobernante está más sometido al deseo que propenso a la reflexión. La presencia del sabio griego replica, en el nivel principal de la narración, la figura de Periandro, cuando éste asiste al tirano de Mileto; pero también el propio Creso opera como imagen especular del tirano de Corinto, cuando éste somete a consideración las palabras de Arión. De este modo, parece sugerirse que los límites del esquema bipolar no son del todo nítidos y que, por lo tanto, griegos y bárbaros no se definirían por oposición.

3. Un sabio entre bárbaros: el diálogo Creso-Solón (I. 28-33)

Al concluir la digresión, Heródoto ha provisto un “marco interpretativo” y ha destacado algunos de los factores que desencadenarán la caída del tirano: las faltas de su antepasado, el rey Giges, (I.13.2) y el acto injusto que él mismo ha cometido al someter a los griegos de Asia (I.6.2). Al retomar el nivel principal del relato en I.26, el narrador enfatiza la política imperialista de Creso, mediante la cual ha logrado convertirse en dueño de “casi todos los pueblos de este lado del río Halis” (I.28) y ha podido llevar su reino hasta “el cenit de su riqueza” (I.29). En este contexto, introduce el encuentro de Creso y Solón, que mantienen un diálogo en torno al tema de la felicidad (*ólbos*). Las expectativas del rey, que valora especialmente las riquezas, se ven defraudadas. El sabio griego desarrolla su explicación mediante las historias del ateniense Telo (I.30.4-5) y de los argivos Cleobis y Bitón (I.31.2-5), que muestran el valor de la vida moderada, dedicada a la patria y la familia, orientada por el honor y el respeto a los dioses. Además, Solón señala la naturaleza inestable de la felicidad humana (I.32.4), la envidia de los dioses (I.32.2) y la necesidad de considerar el final (I.32.9). Sus palabras se refieren, según explicita él mismo, a la experiencia humana en general (I.32.1);

sin embargo, se trata de un abordaje “focalizado”, en el que se destacan valores morales fuertemente arraigados en el pensamiento tradicional griego (Fisher, 2002, p. 202). En este sentido, el discurso del sabio se muestra, en términos de Thompson (2009, p. 80), como una “fighting story”, es decir, como un relato que define una comunidad particular mediante la corporización de sus valores, aspiraciones y presupuestos culturales. A través de este diálogo se construye, entonces, una oposición entre los personajes y, consecuentemente, entre los mundos que representan, dos ámbitos culturales incompatibles: el de los valores griegos, encarnados por Solón y aquellos que su discurso señala como los más felices, y el ámbito oriental, identificado con Creso, que ve en las riquezas y el poder las fuentes de la felicidad. Por lo demás, la acumulación y prosperidad excesiva, no sólo se evidencian como contrarios a los modelos de conducta planteados por Solón, sino que también parecen ser las causas de la alienación de Creso, que ha alterado su percepción de sí mismo y su capacidad de “oír” consejos. El tirano oriental no logra comprender un discurso que parece excederlo, rechaza con violencia las palabras del griego y eso lo conduce, en cierto modo, a la caída, cuya primera fase se concreta con la muerte de su hijo.

4. Los unos y los otros: Creso y Pisístrato

La segunda parte del *logos* lidio (I.46-94), correspondiente al período que va desde la decisión de Creso de marchar contra los persas hasta la pérdida total y definitiva del poder, desarrolla una faceta diferente del tirano, que se encuentra ahora en la cima de su poderío, y actúa guiado por la voluntad de obtener cada vez más poder (I.46.1-2; I.73.1) y por el deseo de venganza (I.73.1). En este contexto, se presenta la investigación realizada por Creso para saber cuál de los pueblos griegos es el más fuerte con el propósito de hacerlo su aliado contra Ciro. Dicha indagación sirve como marco para la digresión acerca de las historias de Atenas y Esparta (I.56-68), mediante las que Heródoto explica las bondades y

defectos de formas de gobierno diferentes: la *tyrannís* ateniense y la *eunomía* espartana. En cuanto a la primera, relata el ascenso de Pisístrato (59-64), que alcanza el poder a partir de un contexto de conflicto entre facciones y se consolida luego de dos gobiernos fallidos obtenidos por medio de ardides. El tercer intento se basa en dos elementos esenciales: por un lado, el ataque armado con apoyo de aquellos “a quienes agrada más la tiranía que la libertad” (62.1, 61.3, 64.1); por otro lado, la inteligencia del tirano: primero, interpreta correctamente el vaticinio pronunciado por un adivino en el santuario de Atenea Palénide (62.4, 63.1), que le indica crípticamente cómo asegurarse la victoria; luego, resuelve el problema de un posible nuevo ataque contra él gracias a su comprensión de la situación en la ciudad (I.63.2). Pero, además, la imposición de la tiranía se debe, según este relato, no sólo a la firme voluntad de poder y a la inteligencia del tirano, sino también a la falta de perspicacia del pueblo (I.60.5) y, sobre todo, a la ausencia de cohesión interna. En efecto, ésta es una de las causas del ascenso de Pisístrato, que actuó aprovechando conflictos internos (I.59.1; 59.3; 60.1) y los utilizó como mecanismo de sometimiento (I.63.2). La disgregación, además, se destaca como consecuencia (I.63.3) del ejercicio tiránico del poder. De este modo, consolidar la tiranía parece implicar no sólo cada vez mayor violencia, sino también la (causante y consecuente) desintegración del cuerpo social. (I.64.3).

Ahora bien, resulta sugerente que Heródoto caracterice positivamente el primer gobierno de Pisístrato: “se hizo el amo de Atenas, si bien no modificó las magistraturas existentes ni alteró leyes; rigió la ciudad de acuerdo con las formas constitucionales en un gobierno muy acertado” (I.59.6). Se advierte, por tanto, una *progresión negativa* que va desde un “buen gobierno”, con respeto por las leyes y el orden establecido (I.59.6), en el que prevalece el interés común (*to koinón*), hasta un gobierno obtenido mediante la violencia y basado en la dispersión y el debilitamiento social (I.63-64), en el que hay un mayor distanciamiento entre gobernante y ciudadanos y sólo tiene validez lo que es de interés del tirano (*tò ídion*), quien se impone como dueño absoluto (I.64.3). La

figura de Pisístrato, entonces, si bien muestra una serie de aspectos negativos, que aparecen a medida que consolida su poder, incluye también rasgos positivos que contradicen la imagen convencional del tirano: su notable inteligencia y su respeto (inicial) por el orden constitucional.

En contraste, Esparta disfrutaba de “un estado de derecho” (I.65.2) que, basado en la integración de los ciudadanos (I.65.2), leyes (I.66.1) y, se sobreentiende, libertad, la había hecho superior y le permitía imponerse a otros pueblos (I.68.6). La oposición queda planteada: la *eunomía* produce la fortaleza del cuerpo social, la tiranía, debilidad (I.66.1). Sin embargo, aunque la antítesis se identifica con la visión del siglo V, en la que la tiranía ocupa el polo negativo frente al orden democrático, aquí, en el polo positivo se encuentra el “buen gobierno” espartano. Entonces, aunque se refuerza la oposición libertad-tiranía señalada respecto del gobierno de Pisístrato (I.62.1), mediante este desplazamiento y la representación ambigua del tirano de Atenas, se desafía, en cierto modo, el esquema conceptual establecido, que define positivamente la democracia a través del contraste con la tiranía.

Una vez concluida la digresión, se inicia el relato de la campaña del soberano lidio contra los persas, que concluirá con su derrota y la pérdida del imperio. Aunque con ciertas diferencias, el esquema ascenso-caída se reitera, como también el motivo del consejero sabio, que, en este caso, resulta desatendido (71.2-4). Asimismo, como en la primera parte, la interpretación de la imagen de Creso se ve orientada por elementos de la digresión, de modo que se evidencian nuevos rasgos, correlatos de la representación del tirano de Atenas: la creciente voluntad de poder (I.73), que empuja a Creso contra Ciro, puede interpretarse a la luz de la *progresión negativa* que experimenta el gobierno de Pisístrato, esto es, a medida que el soberano aumenta su poder, mayor es su aislamiento y sus intereses particulares (venganza) se imponen por sobre el interés común. En síntesis, la acumulación de riquezas y poder, el éxito desmedido, conllevan aislamiento e incapacidad para interpretar las palabras

sabias; las consecuencias inevitables son la decisión errónea, la transgresión y, en última instancia, la caída.

5. Últimas consideraciones: los otros en los unos...

Si la identidad griega se definía por oposición a la de los bárbaros, esa definición era, sobre todo, política y se basaba, en buena medida, en el concepto de tiranía, nodular para la configuración de los “otros” como antítesis de la democracia. Para los griegos de la época de Heródoto, especialmente para los atenienses, la tiranía representaba el opuesto polar de la democracia, definida, sobre todo, por la libertad. Aunque había sido parte de su historia, la veían como el negativo de su forma de ser política. De este modo, la tiranía resulta asimilable a “lo otro”, a lo amenazante. En este sentido, el hecho de que la representación de tiranos griegos en las *Historias* no sea totalmente negativa e, incluso, que resulte positiva, implica cierta independencia respecto de la estructura de pensamiento contemporáneo, marcada por la polarización democracia-tiranía.

Por otra parte, asimilar soberanos asiáticos y tiranía permite alejarla del ámbito griego haciendo posible asignarle nuevos significados, aspectos desconocidos o, al menos, no nítidamente identificables en la historia griega y que constituyen, en cambio, parte fundamental de la historia de oriente próximo: el sometimiento imperialista. Al respecto, resulta significativo que las primeras referencias a pueblos griegos en las *Historias* se realicen en términos de alianzas para evitar el sometimiento por un imperio oriental y de oposición entre Atenas y Esparta. Siguiendo la lógica de Heródoto de establecer correlatos entre niveles narrativos y a la luz de las Guerras Médicas, no parece forzado identificar las alianzas entre pueblos griegos del período arcaico con la que los unió en defensa de su libertad contra los persas, cuando Atenas había logrado “librarse” de la tiranía y se había dado un “buen gobierno”: la *isonomía*; o, dicho en términos del relato herodóteo, cuando había logrado convertirse en una ciudad fuerte. Así, la

tiranía queda identificada con el opresor oriental y, por tanto, ubicada en las antípodas de Grecia.

Ahora bien, el contexto histórico en que Heródoto produce su obra presenta, en cierto sentido, similitudes con el modo como narra las historias de Atenas y Esparta, ya que a fines del s. V a. C. la oposición entre estas ciudades se hacía evidente: la Atenas clásica, a diferencia de la de Pisístrato, se había fortalecido hasta el punto de convertirse en la cabeza de un pujante imperio; Esparta la enfrentaba con igual fortaleza.

Por otra parte, si, como sostiene Raaflaub (2003, p. 75), mucho de lo que Heródoto dice sobre la democracia se dirige a Atenas, la oposición democracia-tiranía sostenida y, en algunos casos, desafiada en las *Historias*, asume, en el contexto de siglo V tardío, nuevos sentidos, puesto que Atenas, paradigma de la *polis* democrática, ejerce un poder excesivo sobre otras comunidades. Así pues, a las antiguas y recientes alianzas entre griegos se contraponen los conflictos contemporáneos y a los tiranos del pasado corresponden nuevas formas de tiranía. En fin, la figura del tirano, flexible y compleja, identificable con un pasado rechazado, con un presente temido (enemigo interno), o con el peligro bárbaro (enemigo externo), funciona como instrumento intelectual para definir, construir, comprender la historia y la propia identidad (política). Pero, además, invita a cuestionar la validez de las oposiciones, mostrando de qué maneras “lo otro” se proyecta sobre “lo uno”: los rasgos atribuidos al tirano se proyectan sobre una Atenas imperialista. En este sentido, Heródoto parece asumir el rol del sabio consejero que, en el momento en que el tirano se encuentra en la cima de la prosperidad y pretende ir más allá, advierte sobre las consecuencias negativas de los excesos de poder.

Bibliografía

Ediciones, traducciones, comentarios

Asheri, D.; Lloyd, A.; Corcella, A. (2007). *A Commentary on Herodotus Books I-IV*.

Great Britain: Oxford University Press.

Godley, A. D. (1946). *Herodotus, with an English translation*. Cambridge: Harvard

University Press.

Schrader, C. (trad.) (2000). *Heródoto. Historias (I). Libro I*. Madrid, Gredos.

Bibliografía citada

Bertrand, J. (2008). *Vocabulaire Grec. Du mot à la pensée*. Paris, Ellipses.

Fisher, N. (2002). Popular Morality in Herodotus. En I. De Jong. et al (eds.) *Brill's*

Companion to Herodotus (pp. 199-224). Boston: Brill.

Forsdyke, Sara (2009). The Uses and Abuses of Tyranny. En R. Balot (ed.) *A*

Companion to Greek and Roman Political Thought (pp. 231-246). Blackwell.

Griffiths, A. (2007). Stories and storytelling in the *Histories*. En C. Dewald; J.

Marincola (eds.): *The Cambridge Companion to Herodotus* (pp. 130-144).

Cambridge: Cambridge University Press.

Hall, E. (1989). *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy*.

Oxford: Clarendon Press.

Lanza, D. (1997 [1977]). *Le tyran et son public*. París: Éditions Belin.

Lesky, A. (1966). Decision and Responsibility in the Tragedy of Aeschylus. *The*

Journal of Hellenic Studies, 86, 78-85.

Pelling, C. (1997). East is East and West is West-or are They? National

Stereotyping in Herodotus. *Histos*, 1, 51-66.

Raaflaub, K. (2003). Stick and Glue: The Function of Tyranny in Fifth-Century

Athenian Democracy. En K. Morgan (ed.) *Popular Tyranny* (pp. 59-94).

Austin: University of Texas Press.

Redfield, J. (2002 [1985]). Herodotus the Tourist. En T. Harrison (ed.), *Greek and*

Barbarians (pp.24-49). Edinburgh: Routledge.

Rosivach, V. (1988). The Tyrant in Athenian Democracy. *Quaderni Urbinati di Cultura Classica, New Series*, 30(3), 43-57.

Saïd, S. (2002). Herodotus and Tragedy. En I. De Jong et al (eds.) *Brill's Companion to Herodotus* (pp. 117-147). Boston: Brill.

Thompson, N. (2009): Most favored status in Herodotus and Thucydides: Recasting the Athenian Tyrannicides through Solon and Pericles. En S. Salkever (ed.), *The Cambridge Companion to Ancient Greek Political Thought* (pp. 65-95). New York: Cambridge University Press.